

acompañada de un comentario alegórico; y varios razonamientos del Cid, extraordinariamente curiosos, porque fijan el carácter de sus relaciones jurídicas con el pueblo vencido, y el modo y forma de su gobierno en Valencia. Tan patente es la discrepancia de estilo é ideas entre esta parte de la *General* y lo restante; tan visibles las huellas de la sintaxis árabiga torpemente calcada, que ya Huber, sin ser orientalista, adivinó la procedencia de tan raro texto, cuatro años antes que Dozy demostrara la misma tesis con su reconocida pericia de filólogo, haciendo ver que algunas frases de esos capítulos, ininteligibles en castellano por lo servil de la versión y sobre todo por el empleo obscuro y vicioso de los pronombres posesivos, resultan claras volviéndolas á traducir al árabe. En lo que ciertamente se pasó de listo Dozy, según nuestra expresión vulgar, fué en suponer que el Rey Sabio había intercalado en la Crónica este relato hostil al Cid, para infamar y denigrar, por espíritu de oposición monárquica, al gran rebelde de otros tiempos, al héroe predilecto de la turbulenta aristocracia militar. Tan profundo maquiavelismo no se compadece bien con la cándida manera de compilar que tenían el Rey y los auxiliares de su obra histórica, donde hacinaron cuantos materiales estaban á su alcance, prosaicos y poéticos, latinos y castellanos, sin cuidarse de las contradicciones ni siquiera de la unidad de estilo, sobre todo en esta cuarta parte, cuyas desigualdades son tan notables, que ya en tiempo de Florián de Ocampo sospechaban « algunas personas de muy buen entendimiento », que « todo lo que en ella se contiene estaría primero trabajado y escrito á pedazos por otros autores antiguos, y los que la recopilaron no harían más que juntarlos por su orden sin adornarlos ni pulirlos, sin poner en ellos otra diligencia que la que hallaron ». También nos parece que Dozy va demasiado lejos por el camino de la fantasía romántica cuando supone que el incógnito cronista hubo de ser uno de los moros que el Cid

mandó quemar (?) en 1095 juntamente con el cadí Aben-Chájaf. Como á Dozy le estorbaba el relato de la lapidación del cadí y sus compañeros, en que la *General* aparece en discordancia con Aben Bassam, no encontró medio más cómodo para desembarazarse de él que quemar vivo al autor, con lo cual es claro que no pudo contar la ejecución del Cadi, y tiene que ser una interpolación apócrifa todo el pasaje. ¡Raro, pero eficaz procedimiento para resolver un problema histórico y eliminar un texto embarazoso! Con toda la reverencia debida al gran orientalista, no puede uno menos de acordarse de aquel gallo pitagórico de uno de los más sabrosos diálogos de Luciano, cuando sostiene que Homero no pudo saber á ciencia cierta lo que pasó en el sitio de Troya, porque en aquel tiempo era camello en la Bactriana.

Si el Cid histórico no tuviera muy positiva grandeza, costaría trabajo explicar que en tan breve lapso de tiempo hubiese sido transformado é idealizado por la musa épica, siendo precisamente los cantos más antiguos los que dan más alta y noble idea de su persona. Dozy, que no dejó de advertir la dificultad, creyó resolverla atribuyendo fabulosa antigüedad á la *Crónica Rimada*, en que abundan los rasgos atroces y brutales, como en todos los poemas de decadencia. Siguióle, aunque por motivos muy diversos, Amador de los Ríos; y gracias á uno y otro erudito, el *Cantar de las mocedades de Rodrigo* obtuvo inmerecida representación en el cuadro épico de nuestra Edad Média, confundiendo la rudeza primitiva con la barbarie degenerada. Milá salvó el escollo con su penetración habitual, y restableció en substancia la verdadera cronología, pero no habiendo podido manejar el texto legítimo de la Crónica alfonsina, creyó como todos que en ella estaba el *Rodrigo*, cuando sólo aparece en la refundición de 1344, sin que por ningún concepto pueda afirmarse su existencia antes del siglo XIV.

Hay que conservar, por tanto, su prioridad al venerable poema de *Mío Cid*, del cual nadie duda que pertenece al siglo XII. Y es seguro que á este poema habían precedido otros. La existencia de cantos relativos al héroe y en que éste era designado con el mismo apelativo honorífico que en la gesta de Vivar, atribuyéndosele además la calificación de invencible (que por otro lado la historia confirma) está formalmente atestiguada por el autor del poema latino del sitio de Almería unido á la Crónica del Emperador Alfonso VII († 1157). La leyenda épica estaba ya tan adelantada, que hasta comenzaba á levantarse un rival del Cid en la persona de su compañero y lugarteniente Alvar Fáñez. Prescindo por ahora de los muy curiosos versos relativos á este héroe, pero no puedo menos de recordar aquellos otros tan sabidos:

Ipsé Rodericus, *mío Cid* semper vocatus,  
De quo cantatur, quod ab hostibus haud superatus.  
Qui domuit Mauros, comites quoque domuit nostros...  
Morte Roderici Valentia plangit amici,  
Nec valuit Christi famulus eam plus retinere.

Existe, además, una prueba indirecta de la existencia de tal poesía en la singular canción latina que Du-Méril encontró en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París (1) y es sin disputa la más antigua composición que tenemos en alabanza del Campeador, á quien da constantemente este nombre, y no el de Cid. Ya hemos tenido ocasión de mencionar este notable fragmento, que por el empleo de la estrofa sáfico-adónica se enlaza con la tradición clásica y eclesiástica, pero que por la acentuación rítmica, por la abundancia de rimas perfectas é imperfectas, y todavía más por el empleo de fórmulas propias de los cantares que se destinaban á la recitación pública, denuncia el in-

(1) *Poésies Populaire atives du Moyen Age*, 1847, páginas 248-314. El manuscrito perteneció á Baluze, y procedía del monasterio de Santa María de Ripoll. Es de letra del siglo XIII.

mediato y evidente influjo de la musa popular. El poeta es culto, sin duda, como lo prueba el mero hecho de escribir en latín. Es probablemente un monje, y de seguro un clérigo, versado en erudición sacra y profana, que sabe los nombres de Paris, Pirro, Eneas y Héctor, que conoce la existencia de Homero, y hace de ello alarde al principio de su composición:

Eia! gestorum possumus referre  
Paris et Pyrrhi, necnon et Æneae,  
Multi poetae plurimum in laude  
Quae conscripsere.  
Sed paganorum quid iuvabunt acta,  
Dum iam vilescant vetustate multa?  
Modo canamus Roderici nova  
Principis bella.  
Tanti victoris nam si retexere  
Cooperim cuncta, non haec libri mille  
Capere possent, Homero canente,  
Summo labore.

Pero en esta misma contraposición de la gloria del Campeador á la de los héroes antiguos, se descubre el arranque de un poeta moderno, avezado á escuchar en las plazas y en lengua vulgar las alabanzas del héroe castellano, y que por hábito, ó por artificio é imitación deliberada, convoca todavía al pueblo para escucharlas, como si el pueblo pudiera entenderle y él fuese un verdadero y legítimo juglar:

Eia!... laetando, populi catervae,  
Campidoctoris hoc carmen audite:  
Magis qui eius freti estis ope,  
Cuncti venite...

El verso que hemos subrayado prueba la extraordinaria antigüedad de la canción latina, puesto que se dirige á los mismos contemporáneos del Cid, á los que habian estado confiados en su amparo y esfuerzo. Es tan rigurosamente histórica que concuerda en gran manera con la *Gesta* leonesa. Después de una breve indicación de las primeras hazañas del Cid en tiempo de D. Sancho, de su desgracia y destierro en tiempo

de Alfonso VI, y de su victoria contra el conde García Ordóñez en Cabra, comienza á tratar, como si hubiera de ser asunto principal del poema, del cerco del castillo de Almenara, y de los preparativos del Campeador para salir á pelear contra el Conde de Barcelona y el rey Alfacib de Lérida. Aquí, abandonando el poeta la manera compendiada y lírica con que antes ha procedido, hace una larga y pomposa descripción de la armadura y caballo de Rodrigo, terminando con ella el fragmento, que no pasa de 129 versos. La descripción es de carácter tan épico, que algunos la han supuesto versión ó refundición de algún cantar de gesta castellano. Lo que no parece muy verosímil, á pesar de la respetable opinión de Milá, es que el poema latino se escribiese en Cataluña (1). Los indicios que se alegan, tales como el haberse encontrado en un manuscrito de indudable procedencia catalana, el nombre de *Hispania* dado á la tierra de moros, según costumbre de aquella región, y los epítetos honoríficos que se aplican al Conde de Barcelona, y que parecen inoportunos tratándose de un vencido, son de muy poca fuerza. El primero nada prueba en cuanto á la composición del cantar, sino en cuanto al origen de la copia parisiense. El nombre de *Hispania* parece empleado en su sentido recto y genérico, comprendiendo lo mismo los reinos moros que los cristianos, puesto que unos y otros sintieron el peso de las armas del Cid, y cabalmente en lo que insiste más el poeta es en las derrotas del Conde de Cabra y el de Barcelona:

Iubet e terra virum exulare :  
Hinc coepit ipse Mauros debellare,  
Hispaniarum patrias vastare,  
Urbes delere...

(1) También Du-Méril sospechó que había sido escrita para cantarse por el pueblo de Lérida, sin más fundamento que la mención que se hace del *Alfagil Iberdae*. Pero Lérida estaba todavía en poder de musulmanes cuando la canción se compuso, según toda apariencia.

.....  
Unde per cunctas Hispaniae partes,  
Celebre nomen eius inter omnes  
Reges habetur, pariter timentes,  
Munus solventes...

El elogio del Conde de Barcelona es harto exiguo, pues se reduce á decir que *le rendían parias los Madianitas*, es á saber: que algunos príncipes moros eran tributarios suyos. Compárese ésto con la efusión que hay en las estrofas dedicadas al Cid, «cuyas hazañas no cabrían en cien libros, aunque el mismo Homero los escribiese», y no se dudará que el autor del poema tuvo que ser un castellano. Caso muy singular hubiera sido que con tanto entusiasmo se cantasen en Cataluña las hazañas del que tan duramente escarmentó dos veces al Conde soberano de Barcelona, haciéndole prisionero y poniéndole á rescate; y que precisamente una de estas derrotas se tomase por tema, al parecer principal, de un poema escrito en la antigua Marca Hispánica.

Dejando aparte este curioso rudimento de una epopeya erudita, que al parecer quedó aislado y sin derivaciones, convirtamos los ojos un momento al que por excelencia se llama *Poema del Cid*, obra del siglo XII sin disputa, aunque más bien de su segunda mitad que de la primera, pues no parece que puede admitirse menor lapso de tiempo para que la historia se transformase en poesía, modificándose las circunstancias de hechos muy capitales, introduciéndose otros enteramente fabulosos, y depurándose el carácter del héroe hasta un grado de idealidad moral rarísimo en la poesía heroica. Si en esto último pudo tener mucha parte el genio puro y delicado á la par que varonil y austero del gran poeta anónimo, en la alteración de la historia nos inclinamos á creer que está exento de culpa, y que la leyenda estaba formada antes de él. Nos lo persuaden el mismo candor y sencillez de su narración, propios de quien cuenta cosas sabidas de

todo el mundo y tenidas por verdaderas, la ausencia de todo artificio y combinación arbitraria de la fantasía, que tanto contrasta con las monstruosas invenciones que luego veremos en la *Crónica Rimada*. El *Poema del Cid* no es histórico en gran parte de su contenido, pero nunca es antihistórico, como á la continua lo son esos fabulosos engendros. Tiene no sólo profunda verdad moral, sino un sello de gravedad y buena fe que excluye toda impostura artística y nos mueve á pensar que en la mente del poeta y en la de sus coetáneos estaba ya realizada la confusión entre la historia y la leyenda. De la primera conserva rastros en pormenores que no han de rechazarse ligeramente aunque no se hallen en la *Crónica* latina y en los demás textos históricos, pues nada tienen de inverosímiles en sí mismos, y es patente la exactitud geográfica y la coherencia del relato. A veces puede acertar el *Poema* y no la *Gesta*, puesto que ambos documentos se fundan en tradiciones orales, y el historiador latino dice expresamente que omite muchas cosas quizá porque no las sabía á ciencia cierta. («*Bella autem et opiniones bellorum quae fecit Rodericus cum militibus suis et sociis non sunt omnia scripta in hoc libro*»). A este número pueden pertenecer las correrías victoriosas del Cid en Alcocer, Daroca y Molina, que el *Poema* refiere y la *Crónica* omite; y aun el lance de los judíos, que tiene todas las trazas de anécdota verdadera. Pero en otras muchas cosas, es evidente que el autor del *Poema*, ó por razones de composición, ó por mera ignorancia de los hechos, se aparta de la puntualidad histórica, reduciendo, por ejemplo, á una las dos prisiones del Conde de Barcelona, confundiendo á Garci Ordóñez el de Cabra con el de Nájera, alargando tres años el sitio de Valencia, que no pasó de veinte meses, anteponiendo la toma de Murviedro y la batalla de Játiba á la conquista de Valencia, y omitiendo en ésta toda la variedad y riqueza de pormenores que sobre las divisiones y bandos de los sitiados y sobre la espantosa

hambre que padecieron consigna la *Crónica* árabe intercalada en la *General*. El ambiente del *Poema* es francamente histórico, ó históricos son también muchos de los nombres, pero en otros, de los más importantes, sigue el cantor épico una tradición alterada: llama D.<sup>a</sup> Elvira y D.<sup>a</sup> Sol á las hijas del Cid, que realmente se nombraban Cristina y Maria, y las casa en segundas nupcias con un Infante de Navarra y otro de Aragón, siendo así que el marido de la segunda fué Berengüer Ramón III, Conde de Barcelona.

Aun con todas estas alteraciones y confusiones tendría el *Poema del Cid* más de histórico que de fabuloso, si no perteneciese enteramente á la leyenda el hecho capital al que parece concurrir toda la acción, el drama doméstico y heroico que con tanta grandeza y sencillez se desenvuelve en el último de los tres cantares que en su estado actual integran el poema. En vano el doctísimo P. Berganza (1), que hizo esfuerzos tan desesperados como ingeniosos para salvar al pie de la letra la tradición épica, defendió todavía como histórico el primer casamiento de las hijas del Cid con los Infantes de Carrión; contradicho no solamente por el silencio de todos los documentos anteriores al *Poema* y á la *Crónica General*, que en esta parte le sigue, sino por el epitafio de uno de los tales Infantes, el llamado Fernando Gómez, donde se declara que había muerto en 1083, nueve años después del matrimonio del Cid con D.<sup>a</sup> Jimena y once años antes de la toma de Valencia; constando por otra parte que desde 1077 no poseía en tenencia el condado de Carrión ningún individuo de la familia de los Vani-Gómez ó Beni-Gómez, sino el bien conocido Pedro Ansúrez. No están muy claros los motivos que pudo tener la poesía épica para inmolar tan fieramente á esta familia histórica. Dozy creyó ver en ello un rastro de la antigua enemistad de los castellanos contra los leoneses: hipótesis plausible, aunque

(1) *Antigüedades de España*, I, 512-22.

acaso demasiado sutil. Más sencillamente se puede explicar por la confusión entre los Vani-Gómez, y otros *Infantes de Carrión*, descendientes de Ordoño el ciego y de la hija de Bermudo II D.<sup>a</sup> Cristina, y emparentados con los García Ordóñez de Cabra y de Nájera, grandes enemigos del Cid. Con el segundo de estos Condes asistieron á la infeliz jornada de Salatrices junto á Calatrava (1106) sus sobrinos *los Infantes de Carrión*, y tanto ellos como el tío, no sólo mostraron escaso valor en la pelea contra los Almoravides, sino que luego cometieron la felonía de pasarse á los Musulmanes. Del recuerdo de tan fea traición, confundidas ya las varias personas que simultánea ó sucesivamente llevaron el título de Infantes de Carrión, nació la leyenda épica, en que también se confunde á los dos García Ordóñez y se inmola toda su parentela á la gloria del Campeador.

Sería temerario é inoportuno emprender aquí el estudio del *Poema del Cid*, cuando no lo exige nuestro asunto, que sólo trae á consideración la venerable gesta en cuanto es origen y fuente de varios romances, como adelante veremos. Pero es imposible dejar de saludar de pasada este singular monumento de nuestra poesía heroica, el más puro y genuino de toda ella, y una de las obras más profundamente homéricas que en la literatura de ningún pueblo pueden encontrarse. Agotados parecen en obsequio suyo los términos de la alabanza desde que en 1779 tuvo la fortuna y la honra de publicarle el erudito D. Tomás Antonio Sánchez, medio siglo antes de que empezasen á salir del polvo las innumerables canciones de gesta francesas (1). A ninguna de ellas, incluso el *Rollans*,

(1) En 1832 inauguró este género de publicaciones Paulino París con el *Roman de Berthe*. La *Chanson de Rollans* no fué publicada hasta 1837, por Francisco Michel. En esto como en tantas otras cosas nos adelantamos los españoles, quedándonos rezagados después.

cede la de *Mío Cid* la palma épica; y en la general literatura de Europa no encuentra más rival que los *Nibelungen*, aun con la desventaja de ser nuestro poema trasunto de la vida histórica y carecer del fondo mítico y tradicional propio de la epopeya germánica. A los ojos de la crítica moderna, poco importa la tosquedad y rudeza de las formas lingüísticas y métricas, que tanto ofendía á los críticos académicos de otros tiempos. Nadie cae hoy en la insensatez de regular los productos de la inspiración primitiva con el canon de las escuelas clásicas. Sólo á los griegos fué concedido, por especial privilegio de su índole estética, lograr á un tiempo la espontaneidad de la infancia y la perfección de la edad madura. En las demás literaturas, cuando la reflexión artística llega, el genio épico huye ó se transforma en lírico. Lo que constituye el mayor encanto del *Poema del Cid* y de canciones tales, es que parecen poesía vivida y no cantada, producto de una misteriosa fuerza que se confunde con la naturaleza misma, y cuyo secreto hemos perdido los hombres cultos. La persona del poeta, juglar ó rapsoda, nada importa, y por lo común es desconocida. Su asunto le domina, le arrastra, le posee enteramente, y pone en sus labios el canto no aprendido, indócil muchas veces á la ley del metro y al yugo de la rima. Ve la realidad como quien está dentro de ella, la traslada íntegra, no por vía de representación, sino por vía de compenetración con ella, y alcanza así la plena efusión de la vida guerrera ó patriarcal, tanto más sana y robusta cuanto más se ignora á sí propia.

Además de las condiciones universales del género, tiene nuestro poema otras peculiares suyas que le dan puesto muy alto entre los productos de la musa épica. Una es el ardiente sentido nacional, que sin estar expreso en ninguna parte, vivifica el conjunto con tal energía, que la figura del héroe, tal como el poeta la trazó, es para nosotros símbolo de nacionalidad, y fuera de España se confunde con el nombre mismo de

nuestra patria. Débese tan privilegiado destino, no precisamente á la grandeza de los hechos narrados, puesto que mucho mayores los hay en nuestra historia y nunca volaron en alas del canto, sino al temple moral del héroe, en quien se juntan los más nobles atributos del alma castellana, la gravedad en los propósitos y en los discursos, la familiar y noble llaneza, la cortesía ingenua y reposada, la grandeza sin énfasis, la imaginación más sólida que brillante, la piedad más activa que contemplativa, el sentimiento sobriamente recatado y limpio de toda mácula de sofistería ó de bastardos afectos, la ternura conyugal más honda que expansiva, el prestigio de la autoridad doméstica y del vínculo militar libremente aceptado, la noción clara y limpia de la justicia, la lealtad al monarca y la entereza para querellarse de sus desafueros, una mezcla extraña y simpática de espíritu caballeresco y de rudeza popular, una honradez nativa, llena de viril y austero candor. Si algunas de estas cualidades llevan consigo su propia limitación: si el sentido realista de la vida degenera alguna vez en prosaico y utilitario: si la templanza y reposo de la fantasía engendra cierta sequedad: si falta casi totalmente en el poema la divina (aunque no única) poesía del ensueño y de la visión mística, reflexiónese que otro tanto acontece en casi todos los poemas heroicos, y que á la mayor parte de ellos supera el *Mío Cid* en humanidad de sentimientos y de costumbres, en dignidad moral, y hasta en cierta delicadeza afectuosa que se siente más bien que se explica con palabras, y que suele ser patrimonio de los hombres fuertes y de las razas sanas. No debía de ser muy bajo el nivel del pueblo que en pleno siglo XII acertó á crear á su imagen y semejanza tal figura poética, comenzando por desbistar la materia en gran parte informe que le ofrecía un héroe histórico, ciertamente de primera talla, pero á quien el criterio más indulgente y benévolo no puede reconocer exento de graves impurezas éticas y políticas, de

verdaderos rasgos de ferocidad y codicia, de fría y cautelosa astucia en sus tratos con infieles y cristianos. Pero debajo de esta escoria bárbara estaba el oro purísimo del alma heroica del Cid, y éste es el que el gran poeta anónimo acertó á sacar por un instinto de selección estética, que acaso en ningún otro tema épico ha rayado tan alto.

Afortunadamente el *Poema* es bastante conocido de los lectores cultos de todo país, para que pueda cualquiera comprobar por sí mismo la certeza de las observaciones precedentes, y descubrir otros nuevos aspectos dignísimos de loor en esta nacional y sagrada antigualla; ora se atiende á la enérgica simplicidad de la composición que procede arquitectónicamente por grandes masas, ora á la variedad de tonos dentro de la unidad del estilo épico y de la precisión gráfica que le caracteriza, ora á la valentía en las descripciones de batallas, ora al cuadro incomparable y grandioso de la asamblea judicial de Toledo, ora á los toques variados y expresivos con que están caracterizados los amigos y los émulos del Campeador. Y cuando subamos con el Cid á la torre de Valencia, desde donde muestra á los atónitos ojos de su mujer y de sus hijas la rica heredad que para ellas había ganado, nos parecerá que hemos tocado la cumbre más alta de nuestra poesía épica, y que después de tan solemne grandeza sólo era posible el descenso (1).

- (1) Oyd lo que dixo el que en buen ora nasco:  
 «Vos, querida et ondrada mugier, et amas mis fijas,  
 My coraçon é mi alma,  
 Entrad conmigo en Valencia la cas,  
 En esta heredad que vos yo he ganada.  
 Madres é fijas las manos le besauan,  
 A tan grand ondra ellas á Valencia entrauan.  
 Adelinó myo Cid con ellas al alcaçar,  
 Ala las subie en el mas alto logar;  
 Oios velidos catan á todas partes,  
 Miran Valencia commo iaze la çibdad,  
 E del otra parte a oio han el mar,  
 Miran la huerta, espessa es e grand,  
 Alcan las manos para Dios rogar,  
 Desta ganancia commo es buena et grand.

Es bien sabido que el *Poema del Cid* en el único y tardío manuscrito (del siglo XIV) que nos le ha conservado, está incompleto al principio, además de faltarle luego, en diversos puntos, otras dos hojas. Estas

Myo Cid e sus companas a tan grand sabor estan,  
El yuerno es exido, que el marco quiere entrar.  
Dezir uos quiero nueuas d' alent partes del mar.

(Versos 1063-1020).

Cuando el rey de Marruecos planta sus tiendas delante de Valencia, exclama el Cid:

«Grado al Criador é a padre espirital!  
Todo el bien que yo he, todo lo tengo delante:  
Con afan gané a Valencia, et hela por heredad,  
A menos de muert no la puedo dexar;  
Grado al Criador e a Santa Maria Madre,  
Mis fijas e mi mugier que las tengo acá;  
Venidom' es delicio de tierras dalent mar,  
Entraré en las armas, non lo podré dexar:  
Mis fijas e mi mugier verme an lidiar,  
En estas tierras ajenas veran las moradas como se facen,  
Afarto veran por los oios como se gana el pan.»  
Su muger e sus fijas subiolas al alcaçar,  
Alcauan los oios, tiendas vieron fincadas:  
«¿Qué es esto, Cid, si el Criador vos salue!»  
«Ya, mugier ondrada, non ayades pesar!  
Riqueza es que nos acrece maravillosa e grand;  
A poco que viniestes, presend uos quieren dar:  
Por casar son nuestras fijas, aduzen nos axuvar.»  
.....  
«Mugier, sed en este palacio, si quisiéredes en el alcaçar,  
Non ayades pavor porque me veades lidiar.  
Con la merced de Dios e de Santa Maria Madre,  
Creem el coracon porque estades delante,  
Con Dios aquesta lid yo la he de arrancar.»

(Versos 1633-1656).

Sigo la numeración del Sr. Menéndez Pidal, cuya edición paleográfica ha dejado fuera de uso todas las anteriores, entre las cuales, además de la de Sánchez, merecen honroso recuerdo las de Damas Hinard (1853), Bello (edición póstuma, 1881), Janer (1864), Volmüller (1879), y la más reciente de Archer Huntington. Sólo los tres últimos editores tuvieron presente el códice del *Poema*, que existía en Bivar en tiempo de Sánchez, y hoy posee D. Alejandro Pidal. Las enmiendas de Bello y Damas Hinard son conjeturales, y lo mismo otras varias, á veces muy atinadas, propuestas por Milá, Lidforss (1895), Cornu y otros filólogos.

son fáciles de restablecer por la comparación con las Crónicas en que entró *prosificado* el *Poema*, pero en torno á la laguna inicial se han perdido los críticos en opuestas conjeturas, opinando los menos que la canción actual es sólo la última parte de una mucho más extensa que debió de comprender entera la biografía poética del Campeador, ó á lo menos una gran parte de ella; y creyendo otros, con mejor acuerdo, que no ha de ser mucho lo que falta, pues el poema, en su estado actual, dividido en tres cantares que comienzan con la salida del héroe desterrado de Castilla, y terminan con el castigo de los Infantes de Carrión y el nuevo y honroso matrimonio de las hijas del Cid, contiene suficiente materia épica, ordenada con sencillez y holgura, y con un plan cuya unidad es innegable, puesto que sin el precedente de la conquista de Valencia y de los tesoros que allí encontró el Cid, no hubieran entrado los Infantes en codicia de casarse con sus hijas, ni hubiera pasado lo demás que en el poema se relata. Hacer dilatadas biografías ó Crónicas rimadas de los personajes históricos y épicos, es propio de los hábitos de la poesía erudita, del *mester de clerecía* (el *Alejandro*, el *Fernán González*...), pero es enteramente inusitado en la poesía heroico-popular, donde á veces los cantos se sueldan ó yuxtaponen, pero sin perder su diferencia originaria y sustantiva. El *Mio Cid* fué una de las varias canciones de gesta que en el siglo XII se cantaban sobre los hechos de Rodrigo de Vivar, pero no fué de ningún modo la gesta única. Para encontrar restos de las perdidas, tenemos que acudir á las Crónicas, comenzando por la matriz de todas, que es la *General* de Alfonso el Sabio.

Apenas ha habido libro más citado que este en todas las controversias sobre el Cid, y, sin embargo, es cosa probada que todos los que hablaron de esta parte de la *General* hasta nuestros tiempos, sin excluir á Dozy, ni á Amador, ni á Milá, cayeron en el error de

tomar por texto primitivo de la *Crónica* el de sus refundiciones, lo cual les indujo á afirmar que se encuentran en él cosas que efectivamente no se hallan: error, como veremos, de transcendentales consecuencias por lo que ha embrollado y confundido el proceso cronológico de nuestra tradición épica.

El hecho de no encontrarse tal ó cual leyenda en la auténtica *Crónica* del Rey Sabio, es para mí prueba casi infalible de que no existía aún en tiempo de su regio autor, ó por lo menos de que no se cantaba ni se había escrito. Esta presunción es mucho más fuerte en lo tocante al Cid, pues se ve que en su biografía pusieron los redactores de la *Crónica* especial esmero, acudiendo á todas las historias latinas y arábigas que pudieron hallar, y aprovechando el texto de dos canciones de gesta, además de algunas noticias tradicionales y anécdotas de varia procedencia. Esta biografía del Campeador, aunque no forma cuerpo aparte, sino que se presenta interpolada con los sucesos generales del reino, tiene una extensión tan desproporcionada, que excede á la de cualquiera de los monarcas de Asturias, León y Castilla, y, sin embargo, todavía está muy lejos de los desarrollos que alcanzó en la *Crónica* de 1344 y en las siguientes. Lo que falta, pues, en la *General*, no ha de atribuirse á ignorancia de los compiladores, que sería muy inverosímil en una labor hecha con tanta diligencia, sino á la carencia de otras fuentes poéticas ó prosaicas, á mediados del siglo XIII.

El Tudense, el Toledano, y la *gesta* leonesa (ó un texto análogo á ella) dan el armazón de la *General* en la parte histórica, completándose el relato con la importantísima *Crónica* árabe del sitio de Valencia, que tan doctamente ha restaurado y comentado Dozy.

Las fuentes poéticas de la *General* son dos por lo menos, pero no las que se han supuesto. Ante todo hay que advertir que los buenos manuscritos no dicen una palabra de las mocedades de Rodrigo, ni aluden para nada al cantar del rey D. Fernando. Contienen, si, la

extensa narración poética del cerco de Zamora y del juramento en Santa Gadea, que ofrece bastante unidad y bastante materia épica para haber formado por sí sola un cantar de gesta. Este cantar era, sin duda, de gran belleza, y pertenecía á la mejor edad de nuestra musa épica. La *General*, al *prosificarle*, conservó mucha parte del diálogo y de los asonantes: abundancia que es mayor todavía en las *Crónicas* retocadas con presencia de nuevos originales poéticos, y explica la facilidad con que la prosa historial volvió á transformarse en romances.

Ha pasado en autoridad de cosa juzgada que el poema actual del Cid estaba copiado casi á la letra en la *Crónica*, y aun los que como Milá se hicieron cargo de las profundas diferencias entre ambos textos, las atribuyeron á la diversa indole de ambas obras, teniéndolas por adiciones y variantes de un redactor histórico que no apartaba la vista del Poema, y aun á veces transcribía fielmente su texto. Pero D. Ramón Menéndez Pidal ha probado, sin dejar resquicio á la duda (1) que la canción de *Mío Cid* utilizada en la *General* no era el poema cuyo texto conocemos hoy, sino otro más moderno, una refundición de él, que si no difería mucho hasta el verso 1.251 (lo cual explica la equivocación de los críticos), era en todo lo restante mucho más prolijo y recargado de incidentes, introducía menos personajes, daba á otros un papel que no tienen en el *Poema*, rebajaba en gran manera la majestad solemne del cuadro de las Cortes, exageraba las cifras de hombres y de riquezas, á es-tilo de la epopeya decadente, y en cambio se esforzaba en reparar los olvidos y descuidos del primitivo autor, modificando, por ejemplo, en sentido moral el lance de los judíos, y haciendo que el Cid les pagase puntualmente los seiscientos marcos y les pidiese perdón por

(1) *El Poema del Cid y las Crónicas Generales de España* (en la *Revue Hispanique*, 1898).